



NORA ROBERTS

SAGA LOS MACGREGOR

Tentando al destino

Caine MacGregor tenía una reputación que mantener, tanto en el juzgado como en el dormitorio. Quizá por eso quería romper la capa de hielo con que se protegía Diana Blade y descubrir a la apasionada mujer que se escondía dentro. ¿Fue eso lo que le llevó a proponerle que se asociara con él, tanto en los negocios como en el placer? ¿Podría convencerla para que lo arriesgara todo por el amor de un MacGregor?

Capítulo 1

No estaba segura de por qué lo estaba haciendo. Diana estudió las formaciones de nubes que se extendían bajo ella e intentó decidir si aquel viaje era producto de un impulso o de un razonamiento calculado. Aunque solo le faltaba media hora para aterrizar, todavía no estaba segura.

Habían pasado casi veinte años desde la última vez que había visto a su hermano. Cuando pensaba en él, lo imaginaba como un adolescente distante, emocionable y un tanto afectado. Diana lo había querido con la intensidad con la que una niña de seis años podía querer a un chico de dieciséis.

La imagen de aquel joven se había quedado congelada en el pasado, se trataba de un chico alto, moreno, atractivo y de fríos ojos verdes. Recordaba su orgullo y su autosuficiencia. Y también que era un chico solitario. Con solo seis años, Diana ya había sido capaz de darse cuenta de que Justin Blade hacía las cosas a su manera.

Con una sonrisa carente de humor, se recostó en el cómodo asiento del avión. Nadie podría negar que Justin había hecho las cosas a su modo veinte atrás. Tras la muerte de sus padres, había intentado consolarla. O al menos eso suponía ella. Porque entonces era demasiado pequeña para comprender lo que ocurría. Pensaba que sus padres la habían dejado por culpa del alboroto que montaba para ir al colegio. Creía que si se portaba bien y atendía en clase, sus padres regresarían. Después había llegado su tía Adelaide y Justin se había marchado.

Durante meses, Diana había vivido convencida de que se había ido al cielo, cansado de sus lágrimas y sus preguntas. Su tía se la había llevado al este, a un mundo completamente diferente. Y ni una sola vez durante dos décadas, Justin había vuelto a ponerse en contacto con ella. Así que estaba casado, reflexionó. Quizá porque todavía lo veía como un adolescente, le resultaba imposible imaginárselo como marido. Serena MacGregor. Diana repitió mentalmente aquel nombre. Le resultaba extraño ir al encuentro de su cuñada cuando apenas conocía a su hermano.

Oh, sabía algunas cosas sobre los MacGregor. Su tía Adelaide no habría considerado completa la educación de Diana si no la hubiera puesto al corriente del pasado de una de las principales familias del país, particularmente porque vivían suficientemente cerca de Boston como para considerarlos vecinos. Al fin y al cabo, las dinastías adineradas eran la única forma de aristocracia que América reclamaba.

Daniel MacGregor era el patriarca, un escocés de los pies a la cabeza y un mago de las finanzas. Anna MacGregor, su esposa, era una reconocida cirujana. Alan, el hijo mayor, era uno de los senadores de los Estados Unidos más señalados por su labor. Y Caine MacGregor...

Cuando llegó a aquel nombre, Diana se detuvo. Aunque Caine apenas tenía treinta años, era constantemente nombrado en la facultad de derecho de la Universidad de Harvard. Tanto ella como Caine habían elegido la misma carrera y de esa forma Diana había podido estudiar los mismos libros, aprender con los mismos profesores y recorrer los mismos pasillos que él. Incluso se había divertido en el mismo bar. Caine se había graduado un año antes de que ella ingresara en la universidad y ya había iniciado una brillante carrera.

En una ocasión, durante el primer año de universidad, Diana había oído a dos mujeres hablando sobre él. Y, recordó con una sonrisa, no era de su mente privilegiada de la que hablaban. Evidentemente, MacGregor no se había pa-

sado todos sus años de universitario con la cabeza enterrada entre libros.

Después estaba Serena. Una mujer tan brillante como el resto de los MacGregor. Se había graduado con todos los honores y había pasado varios años más coleccionando títulos. Parecía una extraña pareja para el Justin Blade que Diana recordaba.

Por un momento, Diana se preguntó si habría ido a la boda de su hermano si no hubiera estado entonces en París. Sí, decidió. Era demasiado curiosa para no haberlo hecho. Al fin y al cabo, era principalmente la curiosidad el motor de aquel viaje a Atlantic City. Además, pensó con pesar, habría sido difícil rechazar la invitación de Serena sin parecer maleducada. Y si algo le había inculcado su tía Adelaide, era que si quería ser tratada en aquellos ambientes como una igual, era imprescindible ser educada. Diana apartó a un rincón de su mente los criterios de Adelaide, y desdobló la carta de Serena.

Querida Diana:

Fue una gran desilusión saber que no podrías asistir a la boda que celebramos en París. Durante muchos años, les pedí a mis padres que me dieran una hermana, pero nunca me hicieron caso. Y ahora que por fin tengo una, me resulta frustrante no poder disfrutar de ella. Justin habla mucho de ti, pero no es lo mismo que poder conocerte cara a cara, sobre todo porque él solo te recuerda de cuando eras una niña. Después de todos estos años creo que nada le gustaría más que conocer a la mujer en la que te has convertido.

Por favor, utiliza el billete de avión que te envío y se nuestra invitada en el Comanche durante el tiempo que gustes. Justin y tú os tenéis que poner al co-

riente de muchas cosas y yo tengo que conocer a mi hermana.

Rena.

Diana arqueó una ceja mientras doblaba la carta. Cariñosa, abierta y amable, pensó. No era el tipo de mujer que ella habría elegido para su hermano. Rio en silencio. En realidad, ni siquiera sabía cómo era Justin Blade.

Y si alguna parte de ella echaba de menos conocerlo, la había enterrado hacía mucho tiempo. Había tenido que hacerlo para sobrevivir en el mundo de su tía. Incluso en aquel momento, si su tía descubriera que pensaba pasar unos días con Justin en un hotel-casino, se quedaría horrorizada. Y nada habría podido evitarle una regañina sobre dónde y con quién debía ser vista una dama.

Volvió a prestar atención a las nubes. En realidad no le importaba. Conocería a su hermano, a su esposa, y después se iría. La niña que había idealizado a Justin durante años ya no existía. Ella tenía su propia vida, su propia carrera. Y ambas llevaban demasiado tiempo estancadas. Comenzaba un nuevo año, se recordó Diana a sí misma. El tiempo perfecto para un nuevo principio.

Probablemente no aparecería, pensó Caine mientras se dirigía a la terminal. Diana no había contestado a la carta de Serena y no era capaz de comprender por qué su hermana estaba tan segura de que llegaría en el avión. Y todavía comprendía menos por qué había terminado él haciendo de chofer.

Rena habría ido al aeropuerto si no hubiera estado tan ocupada en el hotel, se recordó a sí mismo. Y por culpa del infierno por el que habían pasado solo unos meses antes, Caine se había descubierto a sí mismo deseando satisfacer todos los caprichos de su hermana. En caso contrario, en

aquel momento estaría esquiando en Colorado en vez de paseando por la playa durante un frío enero.

Un golpe de viento se filtró por el cuello de su abrigo cuando llegaba a la entrada de la terminal. Justo en ese momento, salía una mujer rubia, con un abrigo de piel de zorro, que se detuvo para recorrer con la mirada el cuerpo y el rostro de Caine. Caine aceptó aquella rápida inspección con una medía sonrisa y esperó a que la joven pasara.

Caine poseía un rostro de facciones fuertes contrarrestadas por unos cálidos ojos de color violeta. A primera vista, podía ser confundido con un estudiante, pero al observarlo atentamente, cualquiera podría adivinar que hacía ya tiempo que había abandonado la academia. Como aquel día no llevaba sombrero de ningún tipo, el viento había revuelto su rubio pelo, que caía desordenado por su frente. Su sonrisa añadía una nueva dosis de encanto a sus facciones acedadas, casi feroces. Caine era un hombre consciente y satisfecho de su aspecto.

Entró en la terminal caminando a grandes zancadas, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Había pasado suficiente tiempo en los aeropuertos para ignorar el bullicioso ajeteo de la multitud que los poblaba. Miró brevemente el monitor, comprobó la puerta por la que saldrían los pasajeros del vuelo de Boston y se sentó a esperar a una mujer a la que realmente no esperaba.

Cuando anunciaron la llegada del vuelo, se reclino en el asiento y encendió un cigarro. Esperaría hasta que saliera el último pasajero y después regresaría al hotel. Serena se daría por satisfecha y él se habría quedado sin ir aquella tarde al gimnasio. Desde que había montado su propio despacho, apenas había tenido tiempo para relajarse, y mucho menos para pasar toda una semana de vacaciones.

Durante los siete días siguientes, se prometió, iba a dedicarse a no hacer nada. Se olvidaría del caos del despacho, de los casos que iba a tener que rechazar por la senci-

lla razón de que los días no tenían suficientes horas y de todo el papeleo atrasado.

Caine supo que era ella en cuanto la vio. Aquellos pómulos altos y marcados eran demasiado parecidos a los de Justin, al igual que aquella piel casi cobriza. La herencia india que ambos compartían quizá fuera incluso más evidente en ella. Sus ojos no contaban con el inesperado iris verde de su hermano, sino que eran de un aterciopelado color castaño. Eran como los ojos de una gacela, pensó Caine mientras se levantaba. Los rodeaban unas pestañas tan largas y espesas que les daban un aspecto casi somnoliento. La nariz era recta y aristocrática y la boca apasionada. Y obstinada, reflexionó. Aquél no era un rostro que un hombre pudiera categorizar fácilmente, bello, atractivo, sensual... pero no era fácil de olvidar. El propio Caine era consciente de que había memorizado ya cada uno de sus rasgos.

Al tiempo que se colocaba una de las bolsas de viaje en el brazo, el pelo azabache de Diana, que apenas rozaba sus hombros, ocultó parte de su rostro. Lo llevaba suelto y muy liso, con las puntas ligeramente metidas hacia dentro y algunas mechas cortadas como flequillo. Era un estilo que le sentaba perfectamente, un corte de aspecto natural, pero meticulosamente pensado, al igual que aquel vestido burdeos engañosamente sencillo.

Caine deslizó la mirada por aquella figura esbelta, de caderas estrechas, cintura delgada y hombros de nadadora. Diana se movía como una bailarina, tenía un andar confiado y casi rítmico. Y en el momento en el que Caine se interpuso en su camino, se detuvo a media zancada sin mostrar ningún signo de timidez. Al contrario que la mujer del abrigo de pieles, lo miró brevemente, sin mostrar ningún interés en él.

—Perdón —dijo en un tono perfectamente educado, pero mostrando de manera inconfundible que era Caine el que se había interpuesto en su camino.

Interesante, pensó Caine y sin molestarse siquiera en sonreír, preguntó:

—¿Diana Blade?

Diana arqueó las cejas.

—¿Sí?

—Soy Caine MacGregor, el hermano de Rena —sin apartar los ojos de su rostro, le tendió la mano.

Así que aquél era el irresistible MacGregor, se dijo Diana, aceptando la mano que le ofrecía.

—Encantada —contestó.

Esperaba encontrarse con una piel suave y la sorprendió descubrir la aspereza de la palma de su mano. Un ligero cosquilleo de placer se extendió por su brazo. Diana lo reconoció al instante, interrumpió el contacto y lo olvidó.

—A Rena le habría encantado venir —continuó Caine, estudiando su rostro minuciosamente—, pero han surgido algunas emergencias en el hotel —mientras hablaba, le tomó la bolsa del hombro—. No esperaba que vinieras.

—¿No? —Diana se aferró a su bolsa, negándose a soltar su posesión—. ¿Y su hermana?

Caine consideró la posibilidad de darle un tirón a la bolsa. Había algo en aquellos ojos que le hacía desear enfiarla. Pero se encogió suavemente de hombros y dejó caer la mano.

—No, mi hermana estaba segura de que vendrías. Rena cree que todo el mundo siente los lazos familiares con tanta fuerza como ella —una sonrisa suavizó sus facciones justo antes de que la agarrara del brazo—. Vamos a buscar tu equipaje.

Diana permitió que la acompañara hasta el concurrido pasillo, pero por detrás del aspecto perezoso de su mirada, su mente estaba activa y plenamente alerta.

—No le gusto, ¿verdad, señor MacGregor?

Caine arqueó las cejas ligeramente, pero ni siquiera la miró.

—No te conozco. Pero puesto que podría decirse que somos familia, ¿por qué no prescindes de las formalidades?

Bastó aquel breve discurso para que Diana comprendiera otra de las razones por las que Caine MacGregor tenía tanto éxito en su trabajo. Su voz era rica y agradable, pero sabía imprimirle la dureza del acero.

—De acuerdo. Dime, Caine, si no me esperabas, ¿cómo has sabido quién era?

—Tu complexión y el color de tu piel son muy parecidos a los de Justin.

—¿Ah sí? —murmuró, mientras se detenían frente a la cinta transportadora.

Caine la estudió con la misma intensidad que anteriormente. Estaba intentando identificar la fragancia que desprendía Diana, era un perfume silvestre más que floral, y con un toque muy francés.

—El parecido familiar es innegable —comentó—. Pero creo que sería menos evidente si estuvierais juntos.

—Algo que, por cierto, he tenido muy pocas oportunidades de hacer —respondió Diana secamente y señaló sus maletas con un gesto.

Así que estaba acostumbrada a tener sirvientes, concluyó Caine mientras levantaba dos maletas de cuero. Pero le gustaba ser autónoma, añadió recordando su batalla silenciosa por la bolsa de mano.

—Estoy seguro de que Justin se alegrará de verte después de tantos años.

—Posiblemente. Pareces conocerlo muy bien.

—Lo conozco desde hace diez años. Era amigo mío antes de llegar a convertirse en mi cuñado.

Diana deseo entonces preguntarle cómo era su hermano, pero reprimió la pregunta. Ella ya tenía su propia opinión. Y si había habido cambios, quería adivinados sin la influencia de nadie.

—¿Tú también te alojas en el Comanche?

—Voy a pasar allí una semana.

Cuando salieron al glacial frío de enero, Diana sacó automáticamente los guantes del bolsillo. El cielo estaba intensamente azul y las calles sucias y resbaladizas por culpa de la nieve a medio derretirse.

—¿No crees que es una época un poco extraña para pasar las vacaciones en la playa?

—Quizá para algunos —el viento empujaba el flequillo hacia sus ojos, aunque no parecía notarlo—, pero hay mucha gente que viene a jugar. Y el clima no es relevante cuando se está en el interior de un casino.

Diana inclinó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿A eso has venido tú?

—No especialmente —bajó la mirada y descubrió que el sol hacía brillar algo dorado en el interior de sus ojos—. Me gusta jugar de vez en cuando, pero la jugadora de la familia es Rena.

—Entonces debe hacer una buena pareja con Justin.

Caine dejó las maletas en el sucio y se sacó una llave del bolsillo.

—Dejaré que eso lo decidas tu misma —sin decir nada más, metió las maletas en el maletero y lo cerró—. Diana... posó la mano en su brazo antes de que la joven se deslizara al interior del vehículo.

Diana no sabía que su nombre pudiera sonar así... tan suave y vagamente exótico. Cuando volvió sus asombrados ojos hacia él, Caine le apartó el flequillo de la frente con un gesto completamente natural para él. Y si aquel gesto la sorprendió o la desconcertó, Diana no dijo nada.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —terminó Caine quedamente.

—No te comprendo.

Por un momento, permanecieron los dos frente a frente, bajo el atronador ruido de los aviones y el olor a humo del aparcamiento. Diana pensó que casi podía sentir la áspera textura de la mano de Caine a través de la tela de su abri-

go. Sus ojos, se dijo, resultaban extrañamente delicados en un rostro de facciones tan duras.

Por un instante, se olvidó de su reputación de demonio tanto en los tribunales... como en los dormitorios. Y se descubrió a sí misma deseando buscar en él ayuda, consejo, consuelo... cuando ni siquiera era consciente de que los necesitaba.

—Tienes un hermoso rostro —murmuró Caine—. ¿Eres una mujer compasiva?

Diana frunció el ceño.

—Me gusta pensar que lo soy.

—Entonces dale una oportunidad.

La mirada perpleja y vulnerable de Diana fue sustituida al instante por un gesto frío y alerta. Aunque ella no lo supiera, aquélla era una expresión que su hermano adoptaba con frecuencia.

—Cualquiera podría considerar mi llegada como un signo de buena fe.

—Cualquiera, sí —se mostró de acuerdo Caine mientras rodeaba el coche para ocupar el asiento del conductor.

—Pero tú no —replicó Diana, cerrando de un portazo.

—Si tuviera que decir un motivo, yo diría que has venido principalmente por curiosidad.

—Supongo que es gratificante tener razón tan a menudo.

Caine le dirigió una sonrisa radiante, pero desapareció tan rápidamente que, por un momento, Diana se preguntó si se la habría imaginado.

—Sí —el Jaguar rugió cuando Caine giró la llave—. Por el bien de nuestros parientes, ¿por qué no intentamos ser amigos? ¿Cómo está París?

Estaba buscando un tema de conversación intrascendente, decidió Diana. Así que había llegado el momento de dejar de devanarse los sesos y recurrir a respuestas recurrentes.

—Para empezar, muy frío —comenzó a decir.

—Hay un pequeño café en un callejón de la *rue du Four* —recordó Caine mientras sacaba el coche del aeropuerto —. Allí venden los mejores suflés del otro lado del Atlántico.

—¿Te refieres al Henri's?

Caine la miró con curiosidad.

—Sí, ¿lo conoces?

—Sí —con una ligera sonrisa, Diana volvió la cabeza hacia la ventana.

Henri's era un establecimiento tan pequeño como bullioso. Su tía Adelaide habría preferido morir de hambre antes de poner un pie en él, pero Diana lo adoraba y cada vez que iba a París, procuraba pasar allí al menos un par de horas para disfrutar de la comida y el ambiente. Era curioso que también fuera uno de los lugares favoritos de Caine MacGregor.

—¿Vas muy a menudo a París?

—No, no mucho.

—Mi tía se va a ir a vivir allí y yo he estado ayudándola a instalarse en su apartamento.

—Tú vives en Boston, ¿no? ¿En qué parte?

—Acabo de mudarme a Charles Street.

—Una vez más, el mundo demuestra ser un pañuelo —musitó Caine—. Al parecer somos vecinos. Y en Boston, ¿a qué te dedicas?

Tras apartarse un mechón de pelo de la mejilla, Diana se volvió y lo miró atentamente.

—A lo mismo que tú —Caine la miró con expresión interrogante—. ¿Te acuerdas del profesor Whiteman? El habla muy bien de ti.

Caine sonrió.

—¿Los estudiantes continúan llamándolo profesor Hueso?

—Por supuesto.

Caine soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Así que has estudiado derecho en Harvard. Parece que tenemos muchas cosas en común, además de la familia, un alma mater y una carrera. ¿Estás ejerciendo?

—Trabajo con Barclay, Stevens y Fitz.

—Mmm, un despacho con mucho prestigio —la miró—. Y muy serio.

Por primera vez, las facciones de Diana se relajaron en una sonrisa.

—Estoy consiguiendo casos fascinantes. La semana pasada, por ejemplo, defendí al hijo de un concejal incapaz de respetar los límites de velocidad —ironizó.

—De aquí a unos quince años podrás mejorar tus casos.

—Tengo otros planes —musitó Diana.

Para cuando tuviera treinta años, había calculado, podría dejar aquel trabajo. Después de cuatro años trabajando con una firma tan respetada, tendría la experiencia suficiente para instalarse por sí misma. Montaría un despacho elegante, con una secretaria competente y...

Diana volvió rápidamente al presente. No era una persona a la que le gustara poner siempre todas sus cartas sobre la mesa.

—¿Qué son?

—Quiero especializarme en derecho penal.

—¿Por qué?

—Por sed de justicia, derechos humanos... —soltó una carcajada—. Y porque me encantan las buenas peleas.

Caine asintió en silencio. Quizá Diana no fuera tan refinada como su traje indicaba. Debería haber prestado más atención a la elección de su perfume.

—¿Y eres buena?

—Un estudiante de segundo podría atender los casos de los que me estoy ocupando en este momento. Soy mucho mejor que eso... y pretendo llegar a ser la mejor.

—Una ambición admirable —comentó Caine mientras giraba hacia el Comanche y detenía el coche—. Yo me he propuesto la misma marca.

Diana le dirigió una larga y fría mirada.

—Ya veremos quién llega primero, ¿no?

Caine se limitó a sonreír en respuesta. Sin decir una sola palabra, Diana salió del coche. Ella no iba a dejarse intimidar por sonrisas lobunas o miradas desafiantes. Si había un terreno en el que Diana se sintiera completamente segura, era en su trabajo. Y estaba segura de que Caine MacGregor iba a oír su nombre durante años.

—Las maletas de la señorita Blade están en el maletero —le dijo Caine a uno de los botones mientras le tendía una propina y las llaves del coche—. Estoy seguro de que Rena está deseando verte cuanto antes —continuó diciendo mientras agarraba a Diana del brazo—. A menos que prefieras pasar antes a tu habitación.

—No —Rena, no Justin, advirtió. Sintió una punzada de nerviosismo en el estómago que decidió ignorar.

—Estupendo. Entonces vamos a verla inmediatamente.

—Entonces... —Diana miró a su alrededor, reparando en la elegancia del vestíbulo—, ¿esto es de Justin?

—En realidad él solo es propietario de la mitad del hotel —la corrigió Caine mientras se dirigían al ascensor—. Rena le compró la otra mitad el verano pasado.

—Ya entiendo. ¿Y así es como se conocieron?

—No —soltó una carcajada y Diana volvió la cabeza para mirarlo con curiosidad—. Es una complicada historia familiar. Estoy seguro de que Rena te lo explicará todo... aunque quizá tendrías que conocer a mi padre para comprenderlo de verdad —le dirigió una larga mirada y tomó un mechón de su pelo entre los dedos—. Aunque, pensándolo bien, quizá sea mejor que no lo conozcas, o probablemente terminaría encontrándome yo mismo en una situación similar —mantenía los ojos clavados en los suyos, conmovido por la fragancia seductora y salvaje que envolvía a Diana—. Eres realmente hermosa, Diana —musitó.

Era su manera de decir su nombre, se dijo Diana, la que le causaba aquel extraño y casi desagradable cosquilleo en